

# ÍNDICE

## Introducción 9

### I. Hacia una nueva prehistoria 15

La vida como eje central 15

Prehistoria del poder y prehistoria de la relación 18

La vida y su mantenimiento: hacia un nuevo paradigma de la producción 21

Reciprocidad o disimetría 28

### II. Cómo sexuar el pasado 35

Estudios y análisis bioarqueológicos 36

Los referentes simbólicos: tumbas, ajuares y representaciones figurativas 44

De los referentes simbólicos a los asentamientos 50

### III. La producción de cuerpos 57

Gestación y nacimiento 57

Mujeres y demografía 60

La paleodemografía 62

Estudios osteológicos: patrones reproductivos 77

Objetos asociados al parto 79

Representaciones figurativas 83

IV. La producción de mantenimiento	87
Los trabajos de cuidados y atenciones	87
Amamantamiento, destete y deficiencias nutricionales infantiles	89
Infanticidios selectivos	94
Manifestaciones directas de cuidados y atenciones: paleopatologías	95
Otros recursos instrumentales: pautas alimentarias, salubridad e higiene	100
Producción y mantenimiento de objetos	106
V. Relaciones entre mujeres y hombres	109
Las relaciones de reciprocidad	109
Alimentación y nutrición. El acceso a los alimentos	111
Violencia y traumas	115
La sexuación de los trabajos: paleopatologías óseas	117
Endogamia, exogamia y modelos de residencia	120
Los estudios de distancia biológica: vínculos de parentesco y políticos	121
Ajuares funerarios: sexuación de los trabajos	126
Las representaciones figurativas	141

Bibliografía	149
--------------	-----

## INTRODUCCIÓN

... La responsabilidad de las mujeres ante lo que sucede en el mundo se forma cuando conseguimos cambiar el modo en que se produce el poder. El poder crece y se sustrae al control de los sujetos humanos singulares, pasando por encima de las diferencias cualitativas e imponiendo, también en la cabeza individual, su lógica desnuda... Si las mujeres no producen por la vía de su diferencia, ciencia, derecho, autoridad, entonces están destinadas a adecuarse al poder constituido o a protestar vanamente contra él...

LIA CIGARINI (1995: 128)

En enero de 2004 me presenté, por primera y última vez, a una habilitación para obtener una cátedra de Prehistoria. La Universidad Autónoma de Barcelona había creado por mis méritos de docencia e investigación una cátedra en el Departamento de Antropología Social y Prehistoria que, evidentemente, tenía que salir a concurso público. La prueba se hubiera realizado en la UAB, a no ser por la ley de las Habilitaciones Nacionales que el gobierno del PP aprobó con la pretensión de actuar con más objetividad y justicia. Los tribunales debían estar formados por siete catedráticos/as elegidos por sorteo y los ejercicios tendrían lugar en la universidad del catedrático o catedrática más antiguo que, a su vez, sería el presidente/a del tribunal.

En este caso, el presidente fue Ignacio Bariandarán Maestu, catedrático de Prehistoria de la Universidad del País Vasco, y el resto de los componentes: María Soledad Corchón Rodríguez (Salamanca), Ramón Fábregas Valcárcel (Santiago) Francisco Nocete Calvo (Huelva), Carmen Olaria Puyoles (Castellón), M. Pilar Utrilla Miranda (Zaragoza) y Valentín Villaverde Bonilla (Valencia). El concurso constaba de dos pruebas. Ni tan sólo me permitieron

pasar la primera, que consistía en la exposición de los trabajos de investigación realizados a lo largo de mi actividad académica y en los méritos de docencia. A pesar de contar con cuatro sexenios de investigación otorgados por el Ministerio de Educación y Ciencia y con más de treinta años de docencia, me negaron el acceso a la segunda prueba, que consistía en la exposición de un trabajo de investigación inédito. Era preciso obtener un mínimo de cuatro votos para optar al segundo ejercicio. Sólo me concedieron dos. Uno de ellos procedió de Paco Nocete, catedrático de Jaén, el único que conoce realmente los trabajos de investigación llevados a cabo en el sudeste peninsular (Proyecto Gatas iniciado en 1985), y la isla de Mallorca (desde 1975), ambos relacionados con la Edad del Bronce, y de los que he sido codirectora. Dos de los catedráticos ni tan sólo abrieron la boca para dar su opinión. El resto se limitó a criticar los trabajos que había realizado en equipo porque no se sabía, en su opinión, qué había hecho cada miembro, además de argüir que, al llamarme Sanahuja y firmar por orden alfabético, mi apellido apenas se recordaba por estar casi siempre al final de los artículos y libros de los que soy coautora. También argumentaron que no había dirigido suficientes tesis doctorales sobre mujeres, que era demasiado polifacética, que era ilegal escribir artículos en francés o inglés con títulos muy parecidos a los españoles, que resultaba inaudito que una feminista colaborara en los años setenta en la redacción de una enciclopedia titulada *Historia del Hombre...*

Cierto es que en aquellos momentos en los que fui juzgada no respondí con la energía suficiente, que no explicité realmente lo que yo pensaba sobre el trabajo de cada uno de los componentes del tribunal, que no tuve fuerza ni ganas para defenderme. Tampoco lo voy a hacer ahora. En realidad, *La cotidianeidad en la prehistoria* contiene fragmentos del trabajo de investigación que quería presentar en Vitoria. Como no lo conseguí, he decidido convertirlo en un libro gracias a la concesión que me hizo la UAB de un año sabático; un libro que no sólo sea leído en el reducido ámbito académico, un libro para muchas mujeres y aquellos hombres que tengan interés en abandonar el orden patriarcal, un libro para las alumnas y alumnos, un libro que denuncia que, en muchas ocasiones, el pasado se ha construido como espejo del presente con la finalidad de justificarlo, un libro que sale de la neutralidad

y exhibe de una vez, sin ninguna traba, mi pertenencia al sexo femenino y al feminismo.

En la actualidad, algunas mujeres feministas buscamos nuevas formas de relación cotidiana, formas que trasciendan la familia monogámica, la heterosexualidad como norma universal y el sexo obsesivo-compulsivo falocéntrico. Maneras que permitan ser libres y, al mismo tiempo, permanecer en el lugar adecuado. Maneras que, para algunas, caminan de la mano del sentido que le damos a nuestro ser mujer y para otras deben ir más allá del género, de modo que a la idea utópica de una sociedad sin clases se le sumaría la de una sociedad sin género, «degenerada», o incluso encontramos la vía que apuesta por desvelar las normas racistas y sexistas que sustentan las narrativas contemporáneas en las que nos movemos y así crear ficciones que permitan otras formas de vida respetuosa. Sería, por ejemplo, el famoso «comirar» de Donna Haraway, que exige inevitablemente una comunicación metalingüística y la intervención del juego.

Según los conocimientos actuales de la biología y en particular de las neurociencias, los viejos prejuicios sobre ciertas diferencias biológicas entre hombres y mujeres deberían haber desaparecido. Pero no es así. Se sigue pretendiendo que, por naturaleza, las mujeres son chismosas, sensibles, más cuidadoras e incapaces de entender un mapa de carretera o el plano de una vivienda, mientras que los hombres son mejores en matemáticas, agresivos y competitivos. Estos discursos se alimentan de ciertos medios científicos que contribuyen a difundir que nuestras emociones, creencias y valores están condicionados por estructuras mentales «naturales» heredadas de los tiempos prehistóricos. Es cierto que, en la actualidad, las mujeres presentamos un subjetivo común, resultado de una socialización determinada, de aquello que *nos es dado* (Birulés, 2005), pero de ahí a considerar que durante la Prehistoria se compartía el mismo subjetivo actual se abre un abismo. Parafraseando a Fina Birulés, la subjetividad es siempre una manera de ser y al mismo tiempo no ser, es siempre un relato y no la revelación de una esencia. Por ello no existe la mujer sino las mujeres.

Si sigo trabajando en Prehistoria es precisamente para averiguar si existieron formas de relaciones alternativas a las actuales. Estoy convencida de que, paulatinamente y de manera muy lenta,

el simbólico patriarcal acabará desapareciendo y también tengo la certeza de que en algunos grupos arqueológicos las categorías de sexo y edad no fueron conceptualizadas como en la actualidad. De todos modos, para sexuar el pasado sólo tengo el recurso de la división dicotómica entre hombres y mujeres y considero que, a pesar de ello, es importante conocer, en la medida de lo posible, las relaciones que se establecieron entre los sexos en los diferentes grupos arqueológicos. De no ser así, el neutro masculino seguirá teniendo nuestras investigaciones.

El libro *La cotidianidad en la prehistoria* está formado por algunos artículos publicados en diversas revistas de arqueología, a los que he intentado dar un carácter más divulgativo, así como aportaciones originales. Se estructura en cinco capítulos. El primero da cuenta de una teoría socio-arqueológica capaz de dar cabida al sexo femenino, creando nuevas categorías que lo incluyen e insistiendo en considerar la vida —no el poder ni la riqueza— como eje vertebrador de la economía, de la política y de la sociedad.

Con esta nueva óptica de la Prehistoria, en el segundo capítulo se exponen las diferentes vías que pueden seguirse en estos momentos para lograr la sexuación del pasado: los estudios bioarqueológicos y los referentes simbólicos (ajueros funerarios asociados a cadáveres sexuados y representaciones figurativas). En este sentido, advierto que este libro no constituye un manual para adquirir conocimientos de paleoantropología ni otros recursos instrumentales. Sólo sugiero las posibilidades que existen para sexuar los objetos arqueológicos, sin intención de profundizar en los métodos y técnicas en sí mismos.

El tercer capítulo trata sobre la gestación y el nacimiento, la paleodemografía, la problemática sobre los patrones reproductivos, la posibilidad de hallar objetos arqueológicos asociados al parto y las representaciones figurativas sobre la producción de cuerpos.

El cuarto capítulo se centra principalmente en los trabajos de cuidados y atenciones, expresión material de la producción de mantenimiento de los cuerpos. Dichas tareas, indispensables para la reproducción social de cualquier grupo humano y de difícil plasmación arqueológica, pueden averiguarse principalmente a través de la paleodemografía, las paleopatologías y los análisis químicos en huesos y dientes, así como mediante análisis que permiten investigar las pautas alimentarias y la salubridad e higiene de los asentamientos.

Finalmente, el último capítulo está dedicado a descubrir las relaciones de reciprocidad o disimetría que tienen lugar entre hombres y mujeres en un contexto prehistórico determinado, también con la ayuda de los estudios bioarqueológicos (acceso a los alimentos, sexuación de los trabajos, modelos de residencia exogámicos o endogámicos y determinación de vínculos biológicos o políticos entre mujeres y hombres), de los ajuares funerarios y de las representaciones figurativas. Todos los capítulos van acompañados de ejemplos ilustrativos sobre diferentes temáticas, ejemplos que proceden de época prehistórica o de momentos posteriores y cuyo estudio se ha basado fundamentalmente en los resultados de excavaciones arqueológicas.

Esta vez, los agradecimientos van dedicados especialmente a mujeres, mujeres con las que he trabajado en arqueología prehistórica, sobre todo Camila Oliart y M<sup>a</sup> Inés Fregeiro; mujeres con las que practico «la política de las mujeres» en la Xarxa Feminista de Catalunya, Ca la Dona, la Librería Pròleg y el Centre de Cultura de les Dones Francesca Bonnemaison; el grupo Entredones, con cuyas componentes —Cristina Carrasco, Dolors Cruells, Cristina Mompeat, Nati Murguialday y Montse Otero— comparto vínculos políticos y afectivos, son mis mejores consejeras y ponen límites y medida a mis deseos; mujeres que me han ayudado a profundizar y abrir una nueva y esperanzadora luz sobre el denominado posfeminismo, en especial Antonia Huertas y sobre todo Montserrat Ribas, y mujeres con las que intercambio alegrías y decepciones: Ángeles Descarga, Isabel Franc, Teresa Gomà, Mary Heredia, Dawn MacRobbie, Cristina Nieto, Maribel Quílez, Berta Roca, Marga Sánchez Romeo, Guillermina Ruiz, Montserrat, Vera y Anna Sanahuja, Isabel Serrano y M<sup>a</sup> Luisa Villalba. No quiero dejar de lado y creo que merecen una mención especial mi hijo Joan, que constantemente me anima a «resistir» y a mirar positivamente la vida en todas sus facetas, mi hermano Eduard, dispuesto a cualquier tipo de ayuda, y mi sobrino Armand y sus constantes preguntas sobre Prehistoria e Historia Antigua.

Tiana, 22 de septiembre de 2006